

EL IMAGINARIO JESUÍTICO EN LA MÉRIDA COLONIAL Y REPUBLICANA

Edda O Samudio A.

ORCID: 0000-0002-4822-0542

Profesora Titula e Investigadora Emérita

Universidad de Los Andes

Resumen

El propósito principal de este trabajo, es examinar el imaginario del jesuita en la Mérida colonial y republicana, presente en sus esfuerzos educativos y religiosos en el entorno urbano, basado en el trabajo de su hacienda. Es por ello que nuestro objetivo es estudiar y dar un sentido tanto a los testimonios tangibles e intangibles; un marco de las diversas representaciones simbólicas y referencias ignacianas que han acumulado a través de una serie de instituciones y bajo diferentes contextos sociales, en forma de sus actuaciones en la vida cotidiana de Mérida durante esas épocas, que representa una imagen de su existencia social y cultural.

Palabras clave: Mérida, jesuitas, imaginario colonial, educación, sociedad, cultura.

Abstract

The main purpose of this paper is to examine the Jesuit imaginary in the Hispanic and Republican Mérida, present in its educational and religious endeavors in the urban environment, based on their hacienda's work. That is why our aim is to study and give a sense both to the tangible and intangible testimonies; a framework of the various symbolic representations and Ignatian references that have been built up through a number of institutions and under different social settings, shaped their performances in Merida's everyday life during those times, depicting an image of their social and cultural existence.

Key words: Mérida, Jesuits, colonial imagination, education, society and culture.

Introducción

La conmemoración del bicentenario del restablecimiento de la Compañía de Jesús al mundo, el 7 de agosto de 1814 por Pío VII, una de las primeras órdenes religiosas masculinas de la Iglesia Católica en los tiempos modernos, nos convoca a reflexionar sobre el imaginario jesuita en Venezuela, sobre su quehacer educativo y religioso en el medio urbano, sustentado en una importante y fructífera labor hacendística; su extraordinaria y titánica labor evangelizadora en la región orinoquense y las acontecimientos políticos que estamparon su expulsión y postrera restauración hace justamente dos centurias.

Me corresponde ocuparme de ese polifacético imaginario jesuítico en la Mérida colonial y republicana, tiempo y espacio en el que los jesuitas dejaron testimonios tangibles e intangibles, materiales y espirituales en los espacios sociales de la ciudad serrana y en la vasta área de influencia ignaciana.¹

De esa manera, en esta exposición nos proponemos examinar y dar sentido al entramado de las variadas representaciones simbólicas y referencias ignacianas en un tiempo de larga duración que a través de una serie de instituciones forjadas en escenarios sociales diversos de la Mérida de entonces, moldearon sus actuaciones materiales y espirituales, las que interactuaron individual y colectivamente en el acontecer de la cotidianidad emeritense en aquel tiempo, proporcionando una imagen de su existencia social y cultural que le daba coherencia y posibilitaba su funcionamiento.²

El colegio, la iglesia y las unidades de producción, instituciones urbana y rurales, motivo de varios estudios anteriores, constituyen la terna de la que nos ocuparemos y sobre la que la Compañía de Jesús, levantó la obra que trascendió en la vida venezolana, modelando en forma integral la juventud con el hálito del humanismo cristiano e infundiendo sus valores en la colectividad para cimentar una sociedad virtuosa.

El colegio irradiador primigenio de saber y virtudes

El contexto urbano, al igual que en otras provincias de ultramar fue el lugar propicio y primer escenario en el que los jesuitas arraigaron su presencia con el establecimiento de sus colegios, en los que implementaron una serie de herramientas

¹ Debo señalar que buena parte de lo expuesto se apoya en: Edda O. Samudio A. *El Colegio San Francisco Javier en el contexto histórico, social, religiosos, educativo y económico de la Mérida Colonial*. En: Edda O. Samudio A, José del Rey Fajardo- Manuel Briceño Jáuregui. *El Colegio San Francisco Javier en la Mérida Colonial*. Germen de la Universidad de Los Andes. 8 v., Universidad de Los Andes, Mérida, 2003.

² Acogemos la noción de imaginario del extraordinario historiador medievalista francés Jacques Le Goff: *L'imaginaire medieval*. París: Gallimard, 1985 y *El orden de la memoria: el tiempo como imaginario*. Paidós Ibérica. 1991.

para llevar a cabo el desarrollo de su labor educativa destinada a formar las elites de las incipientes sociedades ciudadanas en los territorios americanos; no obstante, el señalado elitismo jesuita, atendieron los diferentes sectores de la sociedad, cuidando conservar el orden social establecido.

En el territorio de la Venezuela actual, correspondió a Mérida ser el asiento primigenio de la actividad educativa de la Compañía de Jesús y la tercera orden religiosa que arribó a la ciudad andina; en este escenario se consagró a la formación religiosa, humanista y social.

El auge económico que experimentó Mérida, desde el temprano siglo XVII hasta los años setenta de esa centuria, determinó transformaciones en los órdenes político, administrativo, hasta el arquitectónico y urbanístico. Por ello no asombra que la imagen de un colegio ignaciano en Mérida haya surgido, muy probablemente, desde el contacto de los padres Bernabé Rojas y Vicente Imperial en 1614, a su paso por la ciudad. Como bien hemos señalado, ya la ciudad manifestaba signos de crecimiento, expresados en su incremento demográfico y de sus actividades agro-comerciales, circunstancias que van a justificar las modificaciones político-administrativas posteriores.³

En tercera década del siglo XVII, en mayo de 1628, en la pequeña ciudad andina que ya experimentaba el apogeo económico de la actividad agro comercial, a una cuadra de la plaza mayor, espacio urbano de mayor prestancia y significación, la orden ignaciana, levantaba el primer centro de enseñanza en el extremo septentrional se Sud América, el colegio San Francisco Javier, del cual formó parte su templo contiguo, contexto espiritual que complementaba los aprendizajes del aula, santuario de espiritualidad y agente vital en la socialización de los miembros de la comunidad. En ese espacio sagrado de encuentros y reencuentros, cargado de elementos simbólicos religiosos, destinado al cuidado del espíritu y a promover la religiosidad, hombres y mujeres encontraban el refugio adecuado para ensimismarse y reconciliarse con su fuero interno.

A partir del momento fundacional los ñinguistas dieron inicio a la docencia ininterrumpida por casi ciento treinta y nueve años, en los que el plantel contó con la presencia temporal de religiosos eruditos, tanto criollos, como provenientes de distintas regiones europeas, con conocimientos en biología, pintura, latín, filosofía, escultura, arquitectura, química, farmacia y música, entre otras disciplinas.⁴ Al colegio de Mérida fueron designados algunos de los más ilustres jesuitas de la Provincia del Nuevo Reino, entre ellos, el magnífico lingüista padre José Dadey y el magistral latinista y lucido poeta, padre José Solano.

³ Edda O. Samudio A. Edda O. Samudio A. *El Colegio San Francisco Javier en el contexto histórico, social, ...* p. 17.

⁴Una extraordinaria información sobre la vida y obra de los jesuitas en Venezuela es la de: José del Rey Fajardo, S.J. *Los Jesuitas en Venezuela: Los hombres*. Universidad Católica Andrés Bello, Caracas, 2006.

Rectores, docentes, orientadores espirituales, prefectos, predicadores y administradores, desplegaban su quehacer formador en cada espacio del plantel, en el aula, en el templo, en otros ambientes ciudadanos, como en sus núcleos de producción agrícola y ganadera. En el aula, empezó la enseñanza de las primeras letras y las lecciones básicas de Gramática griega y latina que constituían, entonces, la plataforma para seguir las disciplinas mayores, las que se cursaban preferentemente en la Universidad Javeriana de Bogotá⁵ y, en algunos casos, en la Universidad de Gorjón de Santo Domingo, primera universidad en el Continente. También buscaron en Caracas la obtención de los grados mayores, cuando el 22 de Diciembre de 1721, mediante Real Cédula, el Rey Felipe V confirió al Seminario Santa Rosa de Lima, la gracia de conceder grados y, casi al cumplir su primer aniversario, el 18 de Diciembre de 1722, el Papa Inocencio XIII le concedió carácter de Pontificia.

El prestigio, respeto y confianza de la formación jesuítica debió influir para que algunos merideños siguieran la orden ignaciana en el Colegio de la Compañía de Jesús de la capital del Nuevo Reino. Entre los jesuitas merideños se registra a Assensio Reinoso y Pedro Nicolás de Eusa y Gavidia, hijo de María de Gaviria, hija natural del reconocido encomendero Pedro de Gaviria y el bachiller Pedro López de Aoyz y Eusa; mientras otros se hicieron hermanos de la orden jesuítica.

En el provinciano centro educativo de Mérida, al igual que en el resto de los colegios indianos, los ignacianos, apegados a su ideal pedagógico definido en la Ratio Studiorum, enlazaban, simultáneamente, instrucción y educación en la formación de un estilo y espíritu de vida; o sea *virtud con letras* como lo señala el padre José del Rey Fajardo.⁶ Precisamente, en el proceso de enseñanza-aprendizaje cuyo objetivo conjugaba, a través de la ración lingüístico, tal como lo refiere el mismo Padre del Rey: *conocimientos y valores, saber y ética, palabra y acción, cultura y buenos modales a través del ejercicio de la persuasión por medio la Retórica*,⁷ lo que le ha llevado a valorar su aporte en la creación de *la República de las Letras en Venezuela*⁸ y considerar que constituyó los cimientos de la formación de generaciones en la ciudad de las cinco águilas blancas. Además, atribuye los orígenes de la actual identidad *cultural y lingüística del merideño* a la exquisita retórica asimilada en el colegio San Francisco Javier.⁹

Los jesuitas promovieron una sociedad cristiana cada momento que compartían con padres de familia y el resto de los miembros de la sociedad emeritense la cotidianidad

⁵ Es interesante referir que: El Breve "In Supereminenti" del Papa Gregorio XV, del 9 de julio de 1621, fue el instrumento jurídico que concedió "valor universitario a los cursos dados en los colegios de la Compañía de Jesús en América" y "a los grados un valor universal" J.M. Pacheco, S.J., Los Jesuitas en Colombia, T. I, pág. 513.

⁶ José del Rey Fajardo S. J. *La república de las letras en la Venezuela colonial*. Universidad Católica Andrés, Caracas, 2007, p.8

⁷ *Idem*.

⁸ José del Rey Fajardo S. J. La enseñanza del castellano en el Colegio San Francisco Javier de Mérida, 1628-1767. *Actual*, Investigación, N° 71, año 44, n° 01, Universidad de Los Andes, Mérida, 2012, p.30

⁹ *Idem*.

ciudadina a través de permanentes y armónicas relaciones sociales que establecían en la práctica de las diferentes ceremonias litúrgicas o devotas, en la tradicional recepción del sacramento de la eucaristía y de la penitencia, en la atención constante del sacramento de la confesión que permitía mitigar angustias interiores y pautar un patrón de comportamiento en las experiencias religiosas de los emeritenses; recordamos que los jesuitas alcanzaron un gran prestigio en el ejercicio de este ministerio.

En la iglesia, los pomposos sermones domingueros, con una lucida oratoria sutilmente piadosa y popular, como los que debió ofrecer el reconocido P. Ignacio de Meaurio¹⁰, nutrieron de mensajes sublimes el mundo espiritual y de conocimientos terrenales a la colectividad merideña, contribuyendo decisivamente a la formación de la merideñidad, de la que formó parte, el sentimiento de pertenencia americana y criolla, lo que hace que se les considere los forjadores de la naciente conciencia nacional entre los criollos ;¹¹ sin vacilación, una contribución fundamental.

En ese cultivo armónico de intelecto y espíritu, de cuerpo y alma, estilo que los jesuitas mantuvieron en las colectividades urbanas, promovieron el *humanismo americano* en los contextos donde ejercitaban la docencia, calificado, sin duda alguna, como su mayor legado.¹²

Todo ello fue posible gracias a la comprensión de la nueva realidad geosocial americana que llevó a los jesuitas a introducir elementos de modernidad en la administración de la institución y de sus bienes, basados en una clara noción del papel que desempeñaba el hecho económico en el logro de su autonomía financiera y en la satisfacción de su designios educativos y espirituales para lo cual dieron al acto económico una connotación moral de carácter práctico. La eficiencia jesuítica protagonizada por su capacidad organizativa y administrativa del complejo urbano – rural, ciudad-campo, era acompañado permanente por la regla ética jesuítica.¹³ Sus miembros debieron tener una vida ejemplar, de austeridad y rectitud, celosos del cumplimiento disciplinado de las normas jesuíticas, la cual daba garantía de respeto y obediencia, como acatamiento a la autoridad y, en suma, garantía de eficiencia en la gestión administrativa, así como en la misión espiritual y educativa la Orden de San Ignacio de Loyola. Como bien se ha señalado, en ese sentido ella personificaba un modelo que fue imitado por algunos y envidiado por muchos.

¹⁰ Sobre su vida y obra véase a: José del Rey Fajardo, S.J. *Los Jesuitas en Venezuela: Los hombres*. Universidad Católica Andrés Bello, Caracas, 2006, pp. 320-325.

¹¹ Sobre ello véase a: José del Rey Fajardo, S.J. Los jesuitas y las raíces de la venezolanidad. *Revista Provincia*, Mérida, 2008, pp. 179-180. Entre la rica bibliografía al respecto, entre otros, nos referimos a las obras de: Esparza R., Juan Carlos, *Los jesuitas novohispanos: Ilustración desde el destierro*. Universidad Autónoma de Aguascalientes, Aguascalientes, 2001 y Egido, Teófanos. (coord). *Los Jesuitas en España y en el Mundo Hispano*. Marcial Pons, Madrid, 2004.

¹³ Edda O. Samudio A. *El Colegio San Francisco Javier en el contexto histórico, social,*p. 218.

El colegio San Francisco Javier, primer centro de estudios de humanidades no solo formó en Mérida una élite intelectual, cultural, con una sólida moral cristiana, sino que contribuyó a fomentar una sociedad devota. Indudablemente, asentó los cimientos de la Mérida educada y culta, sede de la primera institución educativa preuniversitaria en tiempos de dominación hispánica. Después de 1767, ausente físicamente en el medio andino, los destellos de su legado presente en la existencia merideña, llegaron hasta la génesis de nuestra Universidad de Los Andes.

La promoción de una sociedad cristiana en la cotidianidad urbana

Cada momento que los jesuitas compartían con padres de familia y el resto de los miembros de la sociedad emeritense la cotidianidad ciudadana a través de permanentes y armónicas relaciones sociales, promovían una sociedad cristiana por medio de la práctica de las diferentes ceremonias litúrgicas o devotas, en la tradicional recepción del sacramento, de la eucaristía y de la penitencia, en la atención constante de la confesión, la que permitía mitigar angustias interiores y promover modelos de prácticas religiosas y una conducta verdaderamente cristiana. Asimismo, en las celebraciones religiosas, entre ellas la festividad del 31 de julio, día de San Ignacio de Loyola, fundador de la orden, la de San Francisco Javier el 3 de diciembre o las del patrón o patrona de las cofradías cobijadas bajo su iglesia.

Los jesuitas introdujeron algunas devociones cristianas, las que fortalecieron y mantuvieron a través de instituciones como las cofradías y de las arraigadas celebraciones religiosas dedicadas a cultivar el fervor y la devoción a una o un santo protector o patrón. El primer día del año, el colegio San Francisco Javier celebraba solemnemente la festividad del Dulce nombre de Jesús, a la que asistían los miembros del Cabildo y durante el resto del año celebraban ceremonialmente los días de San Ignacio de Loyola y San Francisco Javier, a los que precedían sus correspondientes novenas, por los meses de marzo y diciembre.¹⁴ La novena daba inicio a la celebración, seguida por una misa cantada que era suspendida para escuchar el sermón del religioso, quien se dedicaba a revelar a los merideños el camino correcto y digno en la vida cristiana.¹⁵

Al igual que otras órdenes religiosas, una de las labores del apostolado jesuítico fue la de promover la formación congregaciones, instituciones que fomentaban y cultivaban la devoción a un santo o santa y tuvieron como objetivo desarrollar un individuo integral en cuanto a lo material y espiritual. A través de las cofradías o hermandades los jesuitas estimularon obras humanitarias; ellas cumplían una interesante función social y financiera entre sus miembros.

En la iglesia del colegio se formaron y cobijaron varias cofradías, tal como la del Santo Nombre de Jesús o del Niño Jesús, la de La Muerte, Nuestra Señora de

¹⁴ *Ibidem.*, p. 70

¹⁵ *Ibidem.*, p. 71.

Guadalupe, la de la Virgen de los Dolores y la del Sagrado Corazón de Jesús, cuya devoción se señala haberla introducido los ignacianos en el Nuevo Reino de Granada.¹⁶

Como otro de los templos de la Mérida de entonces, la iglesia del colegio de la Compañía de Jesús fue el espacio de paz, recogimiento y salvación, en el que se convivía, con profunda espiritualidad cristiana, la vida y la muerte. Hombres y mujeres afectos a los jesuitas, con caudal, pobres y de distintos grupos étnicos, como miembros de la iglesia, escogieron como sitio de descanso eterno el recinto sagrado del colegio San Francisco Javier. Sin embargo, como el resto de los templos de la ciudad y de Hispanoamérica colonial, la iglesia ignaciana tuvo sus espacios interiores debidamente jerarquizados y cargados de una simbología cristiana asociada a la condición social de los extintos. También hubo merideños que solicitaron ser amortajados con vestidos que usaban los miembros del colegio, con el hábito negro de San Francisco Javier o de San Ignacio; mientras hubo quienes pidieron ser enterrado con la modesta sotana parda que usaban los hermanos coadjutores.¹⁷

Una interesante actividad poco conocida de los ignacianos en la historiografía emeritense que también debió contribuir a la reconocida religiosidad del merideño fue la de evangelización que los jesuitas llevaron a cabo a través de las *visitas o misiones circulares*, institución que consistía en recorridos temporales que realizaban en las poblaciones circunvecinas a la ciudad y que estuvieron destinadas a fomentar un vida cristiana y un comportamiento virtuoso en los feligreses a través de la prédica religiosa. Además, hubo momentos en que se ocuparon al adoctrinamiento de indígenas, tal como el caso de los mitayos de la encomienda de Tatey, agregada al pueblo de Tabay, quienes solicitaron que se les permitiera permanecer en un tejtar cercano a la ciudad.¹⁸

Los dueños del colegio también mantuvieron preocupación constante respecto a la salud de sus miembros, inclusive la de sus esclavos, lo que les llevó a solicitar frecuentemente el auxilio del médico. Vinculado al problema de la salud, un hecho desconocido en la historiografía del Colegio San Francisco Javier que lo revela la rica información documental jesuítica del colegio de Mérida, es la existencia de una especie de botica para abastecer a los miembros de la orden, labor que extendieron al resto de la población; circunstancia que los haría precursores de la farmacia en la ciudad andina.¹⁹

La biblioteca ignaciana: inspiradora al estudio y a la lectura

Huellas indelebles dejó la valiosa Biblioteca del Colegio San Francisco Javier, conocida realmente después de la expulsión de sus gestores, con el Inventario de los bienes del colegio en julio de 1767.²⁰ Esa colección de obras, no solo sedimentó los

¹⁶ Edda O. Samudio A. *El Colegio San Francisco Javier en el contexto histórico, social, ...* p.101.

¹⁷ *Ibidem.*, pp. 85 y 86

¹⁸ *Ibidem.*, p. 20

¹⁹ *Ibidem.*, p. 256

²⁰ Sobre ello en: José del Rey Fajardo S.J. *La pedagogía jesuítica en Venezuela. 1628-1767. La pedagogía jesuítica en Venezuela*. San Cristóbal: Universidad Católica del Táchira, 1991. II: 245-420.

conocimientos que los colegiales adquirirían en las aulas, con los importantes libros que la Ratio disponía para la enseñanza de la gramática, humanidades y retórica, sino que esa extraordinaria riqueza bibliográfica para la época que formó parte de los bienes, pasó con libros de otras órdenes, al Seminario de San Buenaventura y, finalmente, a nuestra Alma Mater.

Por cierto ese espacio de consulta, lectura y meditación y la dedicación formativa de los maestros del colegio, debió tener un significativo influjo en el arraigo de la vocación al estudio en la ciudad andina, hecho que se avizora a las pocas décadas de establecido el colegio ignaciano en 1666, cuando un pequeño grupo de vecinos y estantes en la ciudad protocolizan una escritura²¹ en la contrataban a su costa, un maestro para que ofreciera a sus hijos y a jóvenes de otras ciudades venezolanas un curso de Artes o de Filosofía, por espacio de tres años.²²

Asimismo, la biblioteca del Colegio Francisco Javier²³ debió estimular la formación de pequeñas y también importantes colecciones privadas de libros, de las cuales han quedado testimonio en testamentos coetáneos y fomentar el conocimiento humanista en la colectividad urbana, pues existen evidencias de que los jesuitas prestaban los libros a los vecinos emeritenses; en los recibos de ingresos y egresos del colegio, consta que obras importantes fueron vendidos en los momentos cercanos a su expulsión. De hecho, en la sociedad urbana, estos religiosos estimularon el cultivo armónico de intelecto y espíritu, de cuerpo y alma, promovieron el *humanismo americano* en los contextos donde ejercitaban la docencia, considerado sin vacilación su mayor legado.²⁴

Las haciendas jesuíticas modelo de administración. La práctica religiosa.

La misión religiosa, social y cultural que llevó a cabo la Compañía de Jesús, a través de su colegio en Mérida, al igual que en otras provincias de Hispanoamérica colonial, fue posible gracias a que sus miembros fueron capaces de desarrollar y manejar racionalmente sus núcleos de actividad económica, las haciendas, columna financiera fundamental del colegio San Francisco Javier. La eficiencia jesuítica tuvo el protagonismo de su complejo ciudad- campo, constituido por el colegio, sus haciendas y otra serie de propiedades urbanas y rurales, las que estuvieron esparcidas en diversas

También en: Ildfonso, Leal. Inventario y avalúo de la biblioteca del Colegio Seminario de San Buenaventura de Mérida. Año 1791, *Revista de Historia* 26-27, 1966, pp.63-87. Del mismo autor: Ildfonso Leal. *Libros y Bibliotecas en Venezuela Colonial*. (1633-1767). Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1978, 2 vols.

²¹ *Ibidem.*, pp. 104

²² *Idem.*

²³ José del Rey Fajardo. *Las bibliotecas jesuíticas en la Venezuela colonial*. Caracas: Academia Nacional de la Historia, Fuentes para la Historia Colonial de Venezuela. Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, Nos. 247 y 248. 1999.

regiones de la geografía venezolana, desde los Andes hasta las tierras llaneras y lacustres.²⁵

La eficacia de los jesuitas en el manejo de su complejo urbano-rural, modelo de administración fue lograda en función de un estricto control y un novedoso criterio de rendimiento económico que impusieron a través de sistemas de autoabastecimiento e interdependencia comunitaria y de autofinanciamiento, logrado por medio de la participación competitiva de sus productos en diferentes mercados. Ese dinamismo que hizo de los jesuitas no solo ejemplo de administración, sino los administradores más exitosos en el periodo colonial, haciendo de sus haciendas centros productivos de los mejor dotados y más eficiente en la región. En ellos desarrollaron actividades agrícola, pecuaria y agropecuaria, a expensas primordialmente de la mano de obra esclava, en las que a través de la inversión y administración jerarquizada, debidamente planificada y vigilada, lograron sistematizar el cultivo, la cría, la artesanía y la comercialización de sus productos, proveerse de los recursos necesarios que garantizaron el mantenimiento del colegio San Francisco Javier, con sus funciones de docencia, eclesiástica, social y cultural, aporte de la Compañía de Jesús al desarrollo integral de Mérida y su región hasta 1767 cuando fueron expulsados y abandonaron la ciudad andina.²⁶

El desarrollo del complejo económico jesuítico dependió en buena medida de su capacidad administrativa, orientada por el patrón austero de vida de la Orden, modelo claramente encaminado a la organización y maximización de los ingresos y minimización de los gastos que registraron cuidadosamente en una serie de libros, comportamiento que debió servir de modelo a los hacendados de la región. Sin embargo, se reconoce la intervención de una serie de factores humanos y naturales que afectaron la economía de la región e incidieron en la producción de las haciendas ignacianas, consecuentemente en el autoabastecimiento, la comercialización de sus productos y en el cumplimiento de todas aquellas funciones. Por ello, hemos señalado que es posible establecer que todo factor que alteró las condiciones ecológicas y económicas de la interacción ciudad-campo en esos siglos hispánicos, determinó modificaciones en la vinculación planificada que mantuvieron los complejos jesuíticos, es decir entre sus instituciones urbanas: los colegios y sus dependencias rurales: las unidades de producción agropecuaria.

Los padres del colegio San Francisco Javier se involucraron en asistencia espiritual de la sociedad rural, particularmente a la población esclava de sus unidades de producción, a las que garantizaban el adoctrinamiento religioso. Algunas de sus

²⁵ El primer estudio que dediqué a ellas se concretó en la obra: Edda O. Samudio A. *Las haciendas del Colegio San Francisco Javier de la Compañía de Jesús en Mérida. 1628-1767*. Universidad de Los Andes, Mérida, 1985.

²⁶ Sobre este hecho referimos a los estudios de: Juan Bosco Chacón Chacón, *La Expulsión de los Jesuitas y la Administración de Temporalidades en Mérida, 1767-1895*. Trabajo presentado para optar a la Licenciatura en Historia. Mimeografiado. Mérida: Escuela de Historia. Facultad de Humanidades y Educación.) Universidad de Los Andes, 1980. También la obra de José del Rey Fajardo S. J. *La expulsión de los jesuitas de Venezuela (1767-1768)*. San Cristóbal: Universidad Católica del Táchira, 1990

haciendas contaron con capillas, como Las Tapias, la más próxima a la Mérida de entonces. En la tierras altas merideñas, los jesuitas mantuvieron un pequeño complejo hacendístico, Los Cacutes²⁷ que como el resto de sus núcleos de producción fueron focos de actividad cristianizadora; en uno de ellos: Cacute Bajo o Casa de Teja, se mantiene una gran devoción al Santo Niño, imagen que se asocia a la legendaria presencia ignaciana.

Los jesuitas se preocuparon de ofrecer a sus esclavos una formación y una vivencia cristiana, la que llevaron a cabo a través de medios y estrategias diversas para integrarlos al plan de Dios;²⁸ los religiosos cuidaron que sus esclavos tuvieran doctrina, asistieran a la eucaristía y cumplieran con las obligaciones cristianas; además, en estimularon la formación de cofradías que fortalecían la solidaridad entre sus miembros. De esa manera, si bien los ignacianos contribuyeron a la paulatina cristianización de sus esclavos, ello no significó su total desarraigo cultural; en esos parajes rurales y aislados, los esclavos vivían en comunidad, contexto que no solo les promueve cuestiones materiales sino también apegos, congojas, dolencias, evocaciones espontáneas que les llevaba a cantar sus tonadas, especie de lamento, en medio de la quietud y oscuridad de la noche, remembranzas que les transportaba a su origen y les mantenía la memoria de su cultura africana.

Los jesuitas, al no contar con un religioso que se dedicara a la catequesis en sus unidades de producción, aceptaron que sus esclavos asistieran a la población más cercana a cumplir con la confesión y la eucaristía. En otros casos, pagaban al cura de la localidad cercana a la hacienda para que diera atención religiosa a los esclavos. En casos, como el de hacienda de Las Tapias, próxima a la ciudad de Mérida, se permitía a los esclavos que escucharan misa en la iglesia del colegio y cuidaron que no faltaran a la eucaristía el día de San Ignacio. Sin embargo, hay registro de un matrimonio que se realizó en la iglesia de Nuestra Señora de la Asunción de Las Tapias que correspondía a la feligresía de El Llano, donde se asentó la partida.²⁹

Los ignacianos infundían en sus esclavos el apego a la moral cristiana, propiciaron el cumplimiento de los sacramentos y mantenían una política clara respecto al matrimonio (endogamia étnica) entre sus esclavos, tradición totalmente ajena a su cultura. Por cierto, no aprobaban el amancebamiento, práctica amplia y particularmente difundida en la población rural de entonces que era considerada un delito contra los principios cristianos.

Una huella indeleble de los jesuitas en la sociedad merideña fue la concesión del apellido de Jesús a sus esclavos, evento que también produjo en los indígenas respecto a sus encomenderos. Se recuerda que en España, en los albores del siglo XVI, el

²⁷ *Ibidem.*, p.171

²⁸ Sandra Negro y Manuel M. Marzal (compiladores). *Esclavitud, Economía y Evangelización. Las haciendas Jesuíticas en la América Virreinal*. Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima, 2005, p. 12

²⁹ Edda O. Samudio A. Un origen del patronímico de Jesús en la Mérida colonial. *Actual* N° 16-17. Revista de Dirección General de Cultura de la Universidad de los Andes, Mérida, 1989, p.76.

Cardenal Cisneros instituyó la obligación de identificar las personas con un apellido que debía registrarse en los libros parroquiales de nacimientos. Años más tarde, el Concilio de Trento (1545-1563) determinó que se adoptara el apellido del padre y los sacramentos fueran asentados con obligatoriedad en los libros parroquiales. De hecho, la importancia del apellido como lazo indisoluble de la familia, debió dar a los jesuitas un mayor sentido de pertenencia de sus esclavos, quizás una forma de control por parte de los propietarios.

Asimismo, la presencia jesuita dejó sus huellas en el urbanismo hispanoamericano al contribuir al surgimiento de asentamientos poblacionales que a través de sus domicilios rurales: sus haciendas, con su conjunto habitacional conformado por la casa o casas de de los religiosos, en algunos casos con capilla, la ranchería de los esclavos y de otros trabajadores. Estos conglomerados que constituyen hitos de la actual toponimia regional fueron sitios que subsistieron a través del tiempo y cuyos nombres permanecieron en la toponimia andina, lacustre y llanera, tales como, La Ceiba, La Sabana, La Arenosa, Cacute, San Gerónimo, Santa Catalina, San Jacinto y Paguey, entre otros.³⁰

La presencia jesuítica en una ausencia prolongada

En 1815 o sea al año del restablecimiento de la Compañía de Jesús por Pío XII, el obispo panameño Rafael Lasso de la Vega, quien desde su arribo a Mérida debió experimentar el vacío que había dejado en la ciudad, el Colegio San Francisco Javier y con motivo de la restitución de la Orden y de que en la provincia del Nuevo Reino todavía vivían seis jesuitas, entre ellos el padre Alejandro Más y Rubí, exponía por escrito a la Real Junta de Restablecimiento en Madrid que se atrevía a asegurar que “...bastaría correr la voz que vienen para que en todo o en muchas partes muden las cosas de semblante”³¹

El viejo, arruinado y derruido edificio del otrora Colegio San Francisco Javier, aún en pie a mediados del siglo XIX, evocaba la función educativa de los viejos tiempos coloniales; en 1846, en sus espacios se echaron los cimientos del primer y frustrado edificio de la nuestra Alma Mater.³² Ese deteriorado inmueble que ya era propiedad de la Universidad de Los Andes resguardó temporalmente la valiosa biblioteca universitaria que se formó principalmente con las inestimables obras del colegio San Francisco Javier, reliquias inapreciables que conserva y resguarda nuestra Biblioteca Central. Sin embargo, el estado de deterioro del edificio que cobijó el plantel ignaciano,

³⁰ Un estudio interesante sobre el tema es el de: José del Rey Fajardo, s.j. Topohistoria Misional Jesuítica Llanera y Orinoquense. En: José del Rey Fajardo, s. j. y Edda O. Samudio A. *Hombre, Tierra y Sociedad. I. Topohistoria y Resguardo indígena*. Universidad Católica del Táchira – San Cristóbal, Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, Caracas, 1996.

³¹ Edda O. Samudio A. Edda O. Samudio A. *El Colegio San Francisco Javier en el contexto histórico, social, ...* p.142

³² Edda O. Samudio A. *Historia y Simbolismo. El Edificio Central de la Universidad de Los Andes*. Talleres Gráficos Universitarios, Mérida, 2010, p. 83

motivó malestar y desasosiego por la conservación de la librería, trasladada a una pieza del Seminario en 1847.³³

En aquel mismo recinto jesuita, asociado a la vida académica universitaria, se refugió a los estudiantes de medicina, quienes a mediados del siglo XIX acudían a uno de sus patios al aire libre, con puerta a la calle, para realizar sus prácticas de anatomía porque allí funcionaba el anfiteatro de disección. La queja de los vecinos de la Parroquia de El Sagrario que lo consideraron un foco de infección por los malos olores que expedía, motivó una declaración del catedrático de Medicina y Cirugía, en defensa de la práctica que los estudiantes realizaban en ese local.³⁴

A más de un siglo de ausencia del Colegio San Francisco Javier, aún se experimentaba el influjo ignaciano en el ámbito académico emeritense. A propósito de la cercanía de la fiesta de la Purísima Inmaculada, patrona de la de la Universidad, y en virtud de su vuelta al edificio del extinguido Seminario donde había estado alojado desde sus orígenes, la Junta de Inspección y Gobierno de la Universidad acodó solicitarle al obispo el uso de la capilla del suprimido Seminario; en su petición se evidencia que la proyección del colegio jesuita fue más allá de las Humanidades, penetró profundamente en la espiritualidad de la sociedad merideña, a más de una centuria, en la Universidad se practicaban los ejercicios espirituales de San Ignacio de Loyola.³⁵

Sin lugar a dudas, el heterogéneo imaginario jesuítico en los periodos de dominación hispánica y en el republicano, dejó huellas perceptibles e impalpables, materiales y espirituales en los espacios sociales y culturales de la Mérida serrana. Las diversas representaciones simbólicas ignacianas, a través de una serie de instituciones forjadas en espacios sociales diversos, moldearon sus actuaciones materiales y espirituales e interactuaron individual y colectivamente en el acontecer de la cotidianidad de la Mérida. El colegio, la iglesia y las unidades de producción que constituyeron la triada sobre la que la Orden jesuítica, levantó la obra que trascendió en la vida venezolana hasta más allá de las centurias coloniales, su influjo que se extraña y ambiciona en el tardío siglo XIX, llega aún hasta el siglo XXI.

³³ *Ibidem.*, 91.

³⁴ *Ibidem.*, p. 86.

³⁵ *Ibidem.*, p. 105

Bibliohemerografía

- Chacón Chacón, Juan Bosco. La Expulsión de los Jesuitas y la Administración de Temporalidades en Mérida, 1767-1895. Trabajo presentado para optar a la Licenciatura en Historia. Mimeografiado. Mérida: Escuela de Historia. Facultad de Humanidades y Educación.) Universidad de Los Andes, 1980.
- Del Rey Fajardo, José S.J. La enseñanza del castellano en el Colegio San Francisco Javier de Mérida, 1628-1767. *Actual*, Investigación, N° 71, año 44, n° 01, Universidad de Los Andes, Mérida, 2012, 29-62.
- Del Rey Fajardo, José. S. J. Los jesuitas y las raíces de la venezolanidad. *Revista Provincia*, Mérida, 2008, 163-191.
- Del Rey Fajardo, José S.J. La Biblioteca del Seminario de San Bartolomé en 1767. *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, Caracas, N° 230, 1974, pp. 316 y ss. ¿??
- Del Rey Fajardo, José. S.J. *Los Jesuitas en Venezuela: Los hombres*. Universidad Católica Andrés Bello, Caracas, 2006.
- Del Rey Fajardo, José del Rey Fajardo. *Las bibliotecas jesuíticas en la Venezuela colonial*. Caracas: Academia Nacional de la Historia, Fuentes para la Historia Colonial de Venezuela. Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, Nos. 247 y 248, 1999, 2 vols.
- Del Rey Fajardo, José s.j.. Topohistoria Misional Jesuítica Llanera y Orinoquense. En: Del Rey Fajardo, José s. j. y Samudio A. Edda O. *Hombre, Tierra y Sociedad. I. Topohistoria y Resguardo indígena*. Universidad Católica del Táchira – San Cristóbal, Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, Caracas, 1996.
- Del Rey Fajardo, José. S.J. *La pedagogía jesuítica en Venezuela*. 1628-1767. Universidad Católica del Táchira, 1991.
- Del Rey Fajardo, José. S. J. *La expulsión de los jesuitas de Venezuela (1767-1768)*. San Cristóbal: Universidad Católica del Táchira, 1990
- Egido, Teófanos, (coord). *Los Jesuitas en España y en el Mundo Hispano*. Marcial Pons, Madrid, 2004.
- Esparza R., Juan Carlos. *Los jesuitas novohispanos: Ilustración desde el destierro*. Universidad Autónoma de Aguascalientes, Aguascalientes, 2001.
- Leal, Ildelfonso. Inventario y avalúo de la biblioteca del Colegio Seminario de San Buenaventura de Mérida. Año 1791, *Revista de Historia* 26-27, 1966: 63-87.

- Leal, Ildelfonso. *Libros y Bibliotecas en Venezuela Colonial*. (1633-1767). Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1978, 2 vols.
- Le Goff, Jacques. *El orden de la memoria: el tiempo como imaginario*. Paidós Ibérica. 1991.
- Le Goff, Jacques. *L'imaginaire medieval*. París: Gallimardy, 1985
- Pacheco, Juan M., S.J., *Los Jesuitas en Colombia*. Bogotá, 1959:T.I
- Samudio A. Edda O. *Historia y Simbolismo. El Edificio Central de la Universidad de Los Andes*. Talleres Gráficos Universitarios, Mérida, 2010.
- Samudio A., Edda O. *El Colegio San Francisco Javier en el contexto histórico, social, religiosos, educativo y económico de la Mérida Colonial*. En: Samudio A, Edda O. , Del Rey Fajardo José - Briceño Jáuregui, Manuel. *El Colegio San Francisco Javier en la Mérida Colonial*. Germen de la Universidad de Los Andes. 8 v., Universidad de Los Andes, Mérida, 2003.
- Samudio A., Edda O. Un origen del patronímico de Jesús en la Mérida colonial. *Actual* N° 16-17. Revista de Dirección General de Cultura de la Universidad de los Andes, Mérida, 1989, 69-76.
- Samudio A.,Edda O. *Las haciendas del Colegio San Francisco Javier de la Compañía de Jesús en Mérida. 1628-1767*. Universidad de Los Andes, Mérida, 1985.
- Sandra Negro y Manuel M. Marzal (compiladores). *Esclavitud, Economía y Evangelización. Las haciendas Jesuíticas en la América Virreinal*. Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima, 2005